

**DENNIS
LEHANE**

**Un trago antes
de la guerra**

UNA INVESTIGACIÓN DE KENZIE Y GENNARO



Patrick Kenzie y Angela Gennaro reciben un encargo muy bien pagado, demasiado para un trabajo tan insignificante: encontrar a una limpiadora negra que se ha llevado «documentos importantes» de despachos oficiales del Estado de Massachusetts. El rastro de Jenna Angeline, sin embargo, se pierde entre bandas callejeras y la certeza de que no se trata de un simple robo. Pero en Boston perseguir la verdad es un mal negocio. Más aún si te persiguen, a la vez, políticos desesperados, policías corruptos, pandillas criminales y un pasado cruel. Así que Patrick y Angela no tendrán más remedio que aferrarse el uno al otro y protegerse las espaldas, porque en algunas calles de Boston la esperanza de sobrevivir caduca cada diez minutos.

*Esta novela está dedicada a mis padres,
Michael y Ann Lehane, y a Lawrence Corcoran S. J.*

NOTA DEL AUTOR

La mayor parte de la acción de esta novela transcurre en Boston, pero me he tomado ciertas libertades a la hora de retratar la ciudad y sus instituciones. Todo ello de manera intencionada. El mundo que aquí aparece es ficticio, al igual que sus hechos y personajes. Cualquier parecido con asuntos o personas reales, es pura coincidencia.

En mis primeros recuerdos aparece el fuego.

Vi cómo ardían Watts, Detroit y Atlanta en el telediario de la noche, vi océanos de manglares y frondas de palmeras fundidos por el napalm mientras Walter Cronkite hablaba de desarme lateral y de una guerra que había perdido su lógica.

Mi padre, que era bombero, me despertaba a menudo de noche para que pudiera ver las imágenes más recientes de los incendios que había combatido. Podía oler el humo en él y el hollín, los pringosos aromas de la grasa y la gasolina, y la verdad es que me resultaban de lo más agradables mientras me hallaba sentado en su regazo sobre el viejo sillón de orejas. Se señalaba a sí mismo pasando ante la cámara, una sombra fugaz iluminada de un rojo rabioso y un amarillo candente.

Los incendios crecieron conmigo, o eso me parecía, hasta que, no hace mucho, ardió Los Angeles y el niño que aún habitaba en mi interior se preguntó qué ocurriría a continuación, si las cenizas y el humo viajarían hacia el noreste para instalarse en Boston y contaminar el aire.

Eso parecía que iba a suceder el pasado verano. El odio entró a raudales y lo definimos de diferentes maneras —racismo, pedofilia, justicia, rectitud—, pero todas esas palabras no eran más que los lazos y el papel de envolver de un regalo envenenado que nadie quería abrir.

Murió gente el pasado verano. La mayoría, inocentes. Unos más culpables que otros.

Y hubo gente que mató el pasado verano. Nadie era inocente. Lo sé. Yo era uno de ellos. Me quedé contem-

plando el delgado cañón de una pistola, clavé la mirada en unos ojos inyectados en miedo y odio, y vi mi propia imagen. Para hacerla desaparecer, apreté el gatillo.

Escuché el eco de mis disparos, pude oler la cordita, y entre el humo seguí viendo mi imagen reflejada, sabiendo que nunca se desvanecería.

1

El bar del Ritz-Carlton tiene vistas a los Jardines Públicos y exige el uso de corbata. Que conste que he podido contemplar varias veces, desde otros puntos de vista no menos privilegiados, los Jardines Públicos sin corbata, y que nunca la he echado de menos, pero igual los del Ritz saben algo que yo desconozco.

Mi manera habitual de vestir se limita a pantalones tejanos y camisas deportivas, pero se trataba de un trabajo, con lo que el tiempo era suyo, no mío. Además, andaba un tanto retrasado últimamente en cuestiones de lavandería, con lo que lo más probable es que mis pantalones hubieran echado a andar solos hacia el metro antes de que tuviera la menor oportunidad de ponérmelos. Así pues, saqué del armario un traje cruzado de Armani —uno de varios que recibí de un cliente en lugar de dinero—, encontré los zapatos apropiados, así como la camisa y la corbata, y en menos de lo que se tarda en decir GQ ya había adquirido el aspecto adecuado para la comida.

Lo cierto es que me agradó mi reflejo en los cristales ahumados del bar mientras cruzaba la calle Arlington. Había una ligereza en mi andar, un brillo en mis ojos y una perfección en mi peinado que me llevaron a pensar que vivía en un mundo estupendo.

Un portero joven, con unas mejillas tan suaves que parecía que se había saltado la pubertad, me abrió la pesada puerta de metal y me dijo: «Bienvenido al Ritz-Carlton, señor». Y parecía que lo decía en serio, pues su voz temblaba

del orgullo que sentía ante el hecho de que yo hubiera elegido su pintoresco hotelito. Extendió el brazo haciendo una floritura, mostrándome el camino por si yo era incapaz de intuirlo por mi cuenta, y antes de que pudiera darle las gracias la puerta se cerró a mi espalda y el hombre se puso a parar el mejor taxi del mundo para alguna otra alma afortunada.

Mis zapatos sonaban con contundencia castrense sobre el suelo de mármol, y la raya bien marcada de mis pantalones se reflejaba en los ceniceros de metal. Siempre esperé ver a George Reeves, haciendo de Clark Kent, en la recepción del Ritz, o tal vez a Bogey y Raymond Massey compartiendo un cigarrillo. El Ritz es uno de esos hoteles que se empeña en mantener su opulencia y su solera: la moqueta es espesa, de lo más oriental; los mostradores de recepción están hechos de roble lustroso; el salón es como una agitada estación llena de gente poderosa que atesora sus planes para el futuro en suaves maletines de cuero, así como de duquesas envueltas en abrigos de piel que muestran un aire impaciente y el uso diario de los servicios de una manicura y de una legión de sirvientes vestidos de azul marino que empujan carritos cargados de equipaje a través de la frondosa moqueta haciendo el menor ruido posible con las ruedas. Da igual lo que suceda en el exterior: si te quedas en el hall, puedes mirar a la gente y creerte que en Londres continúa la guerra relámpago.

Sorteé al mozo instalado ante el bar y me abrí la puerta yo mismo. Si le molestó, no dio muestras de ello. Si estaba vivo, no se esforzó en demostrarlo. Me quedé plantado en la mullida moqueta, mientras la pesada puerta se cerraba suavemente a mi espalda, y les vi en una de las mesas de atrás, las que dan a los Jardines. Tres hombres con las suficientes influencias políticas como para transportarnos con sus tocomochos al siglo XXI.

El más joven de ellos, Jim Vurnan, se puso de pie y me sonrió al percatarse de mi presencia. Jim es mi represen-

tante local, a eso se dedica. Atravesó la moqueta en tres largas zancadas, con la mano tendida y su habitual sonrisa a lo Jack Kennedy. Se la estreché.

—Hola, Jim —le dije.

—Patrick —repuso como si llevara todo el día esperando mi regreso desde un campo de prisioneros de guerra—. Patrick —repitió—, me alegro de que hayas podido venir.

Me dio una palmadita en el hombro y se me quedó mirando como si no nos hubiésemos visto el día anterior.

—Tienes muy buen aspecto —sentenció.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo?

Jim soltó una risotada ante este comentario, un tanto excesiva, la verdad. Luego me condujo hasta la mesa.

—Patrick Kenzie —anunció—, el senador Sterling Mulkern y el senador Brian Paulson.

Pronunció la palabra «senador» como algunos entonan el nombre de Hugh Hefner: con una admiración que me resulta incomprensible.

Sterling Mulkern era un tipo robusto y congestionado, de esos que llevan su peso como un arma, no como una condición física. Lucía una mata de pelo blanco en la que se podía hacer aterrizar un DC-10 y te estrechaba la mano de una manera que casi te la dejaba paralizada. Llevaba en su cargo de líder senatorial del estado desde que acabó la guerra civil, más o menos, y no tenía la menor intención de jubilarse. Me dijo:

—Pat, muchacho, qué alegría volverte a ver.

También exhibía un falso acento irlandés que había adquirido, no se sabe muy bien cómo, mientras crecía en la zona sur de Boston.

Brian Paulson era de lo más delgado, tenía el cabello lacio y de un tono metálico y daba la mano de manera asaz fofa y húmeda. Antes de sentarse esperó a que lo hiciera Mulkern, y me pregunté si también le habría pedido permiso para dejarme la mano sudada. Su forma de saludar se redujo a guiñar un ojo y asentir con la cabeza, una manera

muy propia de alguien cuya aparición de entre las sombras es sólo momentánea. Pero decían que tenía una buena cabeza, conseguida durante todos sus años como correveidile de Mulkern.

Mulkern enarcó ligeramente las cejas y contempló a Paulson. Paulson alzó las suyas y observó a Jim. Jim me obsequió con su propio arqueado de cejas. Esperé un instante y les miré a todos aportando mis cejas levantadas.

—¿He sido admitido en el club? —pregunté.

Paulson pareció confuso. Jim sonrió. Levemente. Mulkern dijo:

—¿Cómo podríamos empezar?

Lancé un vistazo a la barra situada a mi espalda.

—¿Con un trago? —sugerí.

Mulkern soltó una carcajada, y Jim y Paulson se apuntaron al jolgorio.

Ahora sabía de dónde venía Jim. Por lo menos, tuvieron el detalle de no empezar a darse palmadas en las rodillas.

—Por supuesto —dijo Mulkern—. Por supuesto.

Levantó el brazo y una chica jovencísima y guapísima, cuya chapa dorada la identificaba como Rachel, se materializó a mi lado.

—¡Senador! ¿Qué puedo ofrecerle?

—Podrías traerle una copa a este muchacho. —La frase estaba a medio camino entre la risa y el ladrido.

La sonrisa de Rachel se intensificó. Se inclinó ligeramente y se me quedó mirando.

—Faltaría más —dijo—. ¿Qué le apetece, señor?

—Una cerveza. ¿Tienen de esas cosas aquí?

Se echó a reír. Los políticos también. Yo hice un esfuerzo para mantener la seriedad. Hay que ver qué sitio tan alegre.

—Sí, señor —anunció la camarera—. Tenemos Heineken, Beck's, Molson, Sam Adams, St. Pauli Girl, Corona, Lowenbrau, Dos Equis...

La interrumpí antes de que se nos hiciera de noche:

—Molson me va bien.

—Patrick —dijo Jim uniendo las manos e inclinándose hacia mí, pues parecía que había llegado el momento de ponerse serio—. Tenemos un pequeño...

—Enigma —dijo Mulkern—. Un pequeño enigma en las manos. Y nos encantaría resolverlo con discreción y olvidarnos de él.

Nadie abrió la boca durante unos segundos. Creo que todos estábamos de lo más impresionados ante el uso de la palabra «enigma» en una conversación banal.

Fui el primero en sacudirme el asombro:

—¿Y en qué consiste exactamente ese enigma?

Mulkern se arrellanó en el asiento sin dejar de mirarme. Apareció Rachel y me colocó delante un vaso helado, en el que escanció las dos terceras partes de la botella de Molson. Los ojos negros de Mulkern no apartaban la vista de los míos. Rachel dijo: «Que la disfrute». Y se fue.

La mirada de Mulkern se mantenía impertérrita. Lo más probable es que hiciera falta una explosión para que el hombre parpadeara. Me dijo:

—Conocí a fondo a tu padre, chaval... Nunca me he cruzado con un hombre mejor que él. Era todo un héroe.

—Él siempre hablaba con cariño de usted, senador.

Mulkern asintió, como si no esperara nada diferente.

—Es una pena que nos dejara tan pronto. —Se dio unos golpecitos en el pecho con los nudillos—. Nunca te puedes fiar del corazón.

Mi padre había perdido una batalla de seis meses contra el cáncer de pulmón, pero si Mulkern prefería creer que se había tratado de un infarto, ¿para qué llevarle la contraria?

—Y ahora, míralo, aquí tenemos a su hijo —dijo—, que ya es casi un adulto.

—Casi —repuse—. El mes pasado hasta me afeité.

Jim puso cara de haberse tragado un sapo. Paulson dio un respingo.

Mulkern sonrió:

—De acuerdo, chaval, de acuerdo. Tienes razón —suspiró—. Pero te diré una cosa, Pat, cuando se llega a mi edad todo el mundo te parece joven.

Asentí educadamente, sin saber adónde quería ir a parar.

Mulkern removió la bebida, sacó la cañita del vaso y la colocó suavemente sobre una servilleta de papel.

—Por lo que hemos oído, cuando se trata de encontrar a alguien, nadie lo hace mejor que tú. —Me señaló con una mano con la palma hacia arriba.

Yo asentí.

—Ya veo que no practicas la falsa modestia —dijo él.

Me encogí de hombros:

—Es mi trabajo. Más vale que lo haga bien.

Eché un trago de Molson, cuyo sabor agridulce se extendió por mi lengua. Me entraron ganas de fumar, y no era la primera vez.

—Verás, chico, nuestro problema es el siguiente: vamos a debatir un asunto bastante importante la semana que viene. Contamos con artillería pesada, pero para recopilar la munición recurrimos a ciertos métodos y ciertos servicios que podrían ser... mal interpretados.

—¿Como por ejemplo...?

Mulkern asintió y me sonrió como si le acabara de decir: «Qué grande eres».

—Mal interpretados —repitió.

Opté por seguirle la corriente:

—¿Y hay documentación o pruebas visibles de esos métodos y esos servicios?

—Es rápido el muchacho —les dijo a Jim y a Paulson—. Sí, señor, muy rápido. —Se me quedó mirando—. Documentación —dijo—. De eso se trata exactamente, Pat.

Me pregunté si había llegado el momento de decirle lo mucho que detesto que me llamen Pat. Tal vez debería em-

pezar a llamarle Sterl, a ver si le daba lo mismo. Tomé un sorbo de cerveza y le dije:

—Senador, yo encuentro personas, no cosas.

—Si puedo interrumpir —interrumpió Jim—, los documentos están en poder de una persona que ha desaparecido recientemente. Se trata de...

—... una empleada supuestamente leal del Gobierno del Estado —dijo Mulkern.

El hombre había perfeccionado el truco de «la mano de hierro en guante de seda» hasta elevarlo a la categoría de arte. No había nada en sus modales, en su pronunciación o en el tono empleado que sugiriese un reproche, pero Jim ponía la cara de alguien al que han pillado pateando al gato. Tomó un largo trago de whisky y los cubitos de hielo golpearon ruidosamente el vaso. No creo que volviera a interrumpir la conversación.

Mulkern miró a Paulson y éste echó mano a su maletín, de donde sacó un delgado fajo de papeles que me entregó.

En la primera página había una fotografía con mucho grano. La ampliación de una identificación del personal del gobierno del estado. En la foto se veía a una mujer negra de mediana edad con los ojos cansados y una expresión de agotamiento en el rostro. Tenía los labios levemente separados y torcidos, como si estuviera a punto de manifestarle su impaciencia al fotógrafo. Pasé la página y me encontré con una fotocopia de su carné de conducir en mitad de un folio en blanco. Se llamaba Jenna Angeline. Tenía cuarenta y un años, pero aparentaba cincuenta. Su permiso de conducir del estado de Massachusetts era de nivel tres, sin restricciones. Tenía los ojos castaños y medía un metro sesenta y cinco. Vivía en el número 412 de la calle Kenneth, en Dorchester. Su número de la seguridad social era el 042-51-6543.

Miré a los tres políticos y mis ojos acabaron clavados en el centro del grupo, en la negra mirada de Mulkern.

—¿Y bien? —dije.

—Jenna era la señora de la limpieza de mi despacho. Y también del de Brian. —Se encogió de hombros—. No lo hacía mal para tratarse de una morena.

Mulkern era de esa clase de tíos que usaban el término «morenos» cuando no estaba seguro de que la gente con la que estaba encajaría bien lo de «negratas».

—Hasta que... —dije.

—Hasta que desapareció hace nueve días.

—¿Vacaciones sin avisar?

Mulkern me miró como si acabara de afirmar que los combates de boxeo nunca están amañados.

—Cuando se tomó esas «vacaciones», Pat, se llevó esos documentos con ella.

—Siempre apetece leer algo ligero en la playa, ¿no? —sugerí.

Paulson dio un manotazo en la mesa, delante de mí. Un buen golpe.

Vaya con Paulson.

—Esto no es una broma, Kenzie. ¿Lo entiende?

Contemplé su mano con ojos somnolientos.

Mulkern intervino:

—Brian...

Paulson retiró la mano para tentarse los vergajos en la espalda.

Yo me lo quedé mirando con los ojos aún somnolientos —ojos muertos, así los define Angie— y me puse a hablar con Mulkern:

—¿Cómo sabe que ella se llevó los... documentos?

Paulson apartó su mirada de la mía y la volcó en su martini. Estaba sin estrenar y así siguió. Igual esperaba que le dieran permiso para beber.

Dijo Mulkern:

—Lo comprobamos. Créeme. No hay ningún otro sospechoso lógico.

—¿Y por qué lo es ella?

—¿Qué?

—Que por qué es un sospechoso lógico.

Mulkern sonrió. Un poquito.

—Porque desapareció el mismo día que los documentos. ¿Quién sabe lo que le pasa por la cabeza a esa gente?

—Ya... —dije.

—¿Nos la encontrarás, Pat?

Miré por la ventana. El portero estaba metiendo a alguien en un taxi a empujones. En los Jardines, una pareja de mediana edad con la misma camiseta de *Cheers* no paraba de hacerle fotos a la estatua de George Washington. Seguro que de regreso al pueblo todo el mundo fliparía. En la acera, un vagabundo borracho intentaba mantenerse de pie sin soltar la botella; con la otra mano, esperaba recaudar algo de calderilla. No dejaban de pasar mujeres hermosas. A puñados.

—Soy caro —dije.

—Eso ya lo sé —repuso Mulkern—. Por eso no entiendo por qué sigues viviendo en el viejo barrio.

Lo dijo como si pretendiera hacerme creer que su corazón también se había quedado allí, como si para él la zona no fuera nada más que una ruta alternativa cuando la autopista iba demasiado cargada.

Intenté concebir una respuesta. Algo relativo a las raíces, a saber de dónde eres, pero acabé por decirle la verdad:

—Mi apartamento es de renta limitada.

Y eso pareció gustarle.